

Domíngo I Adviento

Isaías 2, 1-5; Romanos 13, 11-14a; Mateo 24, 37-44

*“Por tanto, estad en vela,
porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor”*

28 Noviembre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“YA ES HORA DE DESPERTAROS DEL SUEÑO, PORQUE AHORA NUESTRA SALVACIÓN ESTÁ MÁS CERCA QUE CUANDO EMPEZAMOS A CREER”

El otro día escuchaba un proverbio árabe: *"Hay cuatro cosas que no vuelven: la flecha arrojada, la palabra ya dicha, la oportunidad desperdiciada y la vida pasada"*. Hay palabras que decimos y luego nos arrepentimos de haberlas dicho. Hay veces en las que arrojamos nuestra rabia sobre los demás y luego vivimos arrepintiéndonos. Hay oportunidades que dejamos pasar casi sin darnos cuenta, oportunidades para crecer, para ser más santos. Somos administradores de una vida que se nos regala en presente y que pronto forma parte de nuestro pasado. Pensaba en este tiempo de Adviento que se nos regala y que también podemos dejar pasar sin aprovecharlo del todo. Las palabras con las que comienza este primer domingo nos animan a despertar: *“Ya es hora de despertaros del sueño, porque ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer”*. No podemos dejar pasar este tiempo de Adviento ante nuestros ojos sin hacer nada. No queremos desperdiciar la vida por habernos quedado dormidos. *¿Estamos dormidos? ¿No es cierto que muchas veces desaprovechamos el presente angustiados por el pasado y preocupados por el futuro incierto?* El Adviento es una oportunidad más que la Iglesia nos regala para profundizar en nuestra vida y poder así empezar a caminar como Dios nos pide. El Adviento son estos 27 días que tenemos ante nosotros para preparar el corazón y dejar que Cristo nazca de nuevo. Queremos despertar. ¡Cuántos duermen a nuestro alrededor! El que duerme no es capaz de aprovechar la vida que Dios le regala. Dormir significa dejar pasar oportunidades. Tenemos dormidos los órganos que nos llevan al mundo de Dios y por eso vivimos mirando el suelo. ¡Despertemos a la vida de Dios! **Queremos vivir con Él para que nuestra vida cambie y se transforme en su amor.**

TRES PERSONAS ENCARNAN DE MODO ESPECIAL LA ESPIRITUALIDAD DEL ADVIENTO, por eso se convierten en guías espirituales de nuestra vida cristiana: ISAÍAS, JUAN BAUTISTA Y MARÍA. Hoy escuchamos las palabras de **Isaías:** *“Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén: Al final de los días estará firme el monte de la casa del Señor en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán los gentiles, caminarán pueblos numerosos. Dirán: «Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob: él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, de Jerusalén, la palabra del Señor.» Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra. Casa de Jacob, ven, caminemos a la luz del Señor”*. Isaías 2, 1-5. Es el profeta de la esperanza y del gozo mesiánico. Nos habla de la seguridad del monte del Señor hacia el que caminamos, de la paz que reinará cuando Cristo reine en medio de nosotros, de la luz que surge del nuevo Rey que triunfa en nuestra debilidad. Se manifiesta la alegría que despierta el seguir el camino que lleva al corazón de Dios. La esperanza es el primer mensaje que recibimos al comenzar este tiempo de búsqueda. **Caminamos y peregrinamos al encuentro del Señor. En esta reflexión quiero**

profundizar en algunas pautas para este Adviento que comienza.

CUANDO NOS APEGAMOS A NUESTRA TIERRA, PERDEMOS LA CAPACIDAD PARA BUSCAR A DIOS EN NUESTRA VIDA. POR ESO, LE PEDIMOS A DIOS QUE NOS LIBERE DE TODO LO QUE NOS ATA. Porque es verdad, el corazón se ata fácilmente a este mundo. Decía **S. Cipriano**: *¿Para qué pedimos y rogamos que venga el reino de los cielos, si tanto nos deleita la cautividad terrena? Si el mundo odia al cristiano, ¿por qué amas al que te odia y no sigues más bien a Cristo que te ha redimido y te ama?* Por eso, al comenzar el Adviento nos preguntamos hasta qué punto nuestro corazón se ha quedado prendado de la tierra, qué cosas concretas nos esclavizan casi sin darnos cuenta. Es verdad que tenemos que amar el mundo que nos da, pero siempre con el corazón libre y anclado en Dios. El Adviento nos abre los ojos al mundo de Cristo. Quiere venir a nosotros para que nuestra vida tenga otro color y una vida nueva. Se hace carne para santificar nuestra propia carne, para salvarla y para llenarla de su Espíritu. Y nosotros nos llenamos de ruidos, de bienes y dependencias, tratando de llenar el vacío del corazón. Por eso nos viene muy bien la llamada de este primer domingo: *“Ya es hora de despertarnos del sueño”*. Decía **Emilio Duró**: *“Yo distingo dos clases de personas, las que suben las escaleras corriendo, saltando los escalones de dos en dos, y las que se arrastran lentamente por ellas”*. Nosotros queremos ser de este segundo grupo. Queremos vivir la vida con intensidad, sin quedarnos dormidos y libres. Queremos correr para cambiar la realidad en la que nos toca vivir. El tiempo es corto y queremos vivirlo intensamente. Pero con la certeza de la promesa del Señor, que nos prometió el ciento por uno aquí en la tierra. Todos vamos camino al cielo y no queremos desaprovechar ni una hora del camino. *¿Dónde quiere Dios que nos esforcemos más? ¿Qué nos pide que cambiemos en este tiempo de conversión que se nos regala?*

REVISEMOS LOS PILARES QUE SOSTIENEN NUESTRA VIDA. Con frecuencia hemos construido sobre tierra poco firme y nuestros cimientos se tambalean ante las dificultades. El **salmo** refleja la alegría con la que comienza este tiempo de esperanza, cuando es sólido el lugar en el que descansamos: *“Vamos alegres a la casa del Señor. Qué alegría cuando me dijeron: «¡Vamos a la casa del Señor!» Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén. Allí suben las tribus, las tribus del Señor, según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor; en ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David. Desead la paz a Jerusalén: «Vivan seguros los que te aman, haya paz dentro de tus muros, seguridad en tus palacios.» Por mis hermanos y compañeros, voy a decir: «La paz contigo.» Por la casa del Señor, nuestro Dios, te deseo todo bien”*. Sal 121, 1-2. 4-5- 6-7- 8. La paz y la seguridad, son el anhelo más profundo del alma que busca un hogar. La oración del salmo es la oración del hombre que no encuentra paz en el mundo y busca sólo a Dios, hogar en el que descansar. De ahí surge la alegría, porque el corazón desea descansar y el mundo en el que vivimos no nos trae la paz deseada. Decía el **P. Kentenich**: *“Cuando sentimos que nos falta hogar, que nuestros hijos carecen de él o que nuestro pueblo es conducido por sendas equivocadas; cuando veamos matrimonios católicos destruidos porque ni siquiera entre ellos existe aún el vínculo de la fidelidad; cuando veamos que nuestros hijos en sus matrimonios no aciertan el camino, entonces recurramos al Santuario de María y ofrezcámosle nuestras manos colmadas del anhelo de encontrar hogar en su corazón y de serlo también para otros”¹*. **Estamos llamados a ser hogar en un mundo en el que los hombres buscan con ansiedad corazones en los que puedan descansar.**

Los muros, la seguridad y la justicia, son ideales que se presentan como un anhelo profundo del corazón. El hombre busca la seguridad de los muros. El salmo describe la Jerusalén celestial hacia la que caminamos; y al mismo tiempo evoca esa ciudad que queremos construir aquí en la tierra. Son los muros que Dios construye y, en medio de

¹ J. Kentenich, Nueva Helvecia, 1948

ellos, podemos echar raíces y descansar. ¿De qué muros hablamos? Hace unos días hablábamos de destruir muros para liberar el corazón, para romper las barreras que nos impedían comunicarnos. Ahora, al comenzar el Adviento, hablamos de construir muros que nos protejan de la inseguridad del mundo, que nos den paz, que nos permita confiar y perseverar en la entrega. Hablamos de construir cimientos sólidos sobre los que levantar nuestra vida, una roca que permanezca firme en la tormenta. Son los muros donde se asienta nuestra vida, son los pilares sobre los que se levanta la vocación hacia la que Dios nos llama. **¿Cómo son los pilares sobre los que descansamos?** Creo que a veces nuestros pilares son frágiles, nuestro mundo afectivo está desordenado y nuestras prioridades en el camino poco claras. Cuando esto sucede vamos de un lado a otro llevados por el viento y las tendencias del momento. **Por eso flaquea con frecuencia nuestra fidelidad. Por eso nos dormimos apegados a bienes que no colman el corazón.**

PERTRECHÉMONOS CON LAS ARMAS DE LA LUZ. ¿CUÁLES SON ESAS ARMAS? S. Pablo nos habla de la importancia del momento que vivimos y de la luz que tiene que reinar en nuestra vida: *“Daos cuenta del momento en que vivís. La noche está avanzada, el día se echa encima: dejemos las actividades de las tinieblas y pertrechémonos con las armas de la luz. Conduzcámonos como en pleno día, con dignidad. Nada de comilonas ni borracheras, nada de lujuria ni desenfreno, nada de riñas ni pendencias. Vestíos del Señor Jesucristo”*. Romanos 13, 11-14ª. No sirve de nada pensar en este tiempo de cambio si no nos ponemos un especial ahínco en cambiar nuestra vida. El tiempo que se nos regala es para nosotros, para que descubramos dónde es necesario empezar a cambiar. Las armas de la luz hablan de esperanza. S. Pablo nombra pecados habituales en la vida del hombre: afectos desordenados, falta de control y disciplina en nuestra vida, tendencia a la ira y a la lucha, la crítica y el orgullo, la superficialidad y las pequeñas esclavitudes de la vida. Todos sabemos dónde tenemos que mejorar. Conocemos nuestra alma que se esclaviza con facilidad. La Iglesia nos da la oportunidad de tener tiempos especiales para el cambio. **S. Clemente**, a quien hemos celebrado esta semana, nos describe cuáles son las armas de la luz, cómo es la vida de aquellos que esperan la llegada del Señor: *“Realizando lo que está de acuerdo con su santa voluntad, siguiendo la senda de la verdad y rechazando de nuestra vida toda injusticia, maldad, avaricia, rivalidad, malicia y fraude”*. ¿Cómo deberíamos vivir este tiempo? **Deberíamos aprovechar las gracias que regala un tiempo tan especial. Nuestro camino es descubrir la voluntad de Dios y hacerla vida.**

Las armas de la luz son muchas pero hoy las concreto en las siguientes: Buscar y realizar la voluntad de Dios, apegarnos siempre a la verdad y rechazar toda presencia del mal en nuestra vida. Parece fácil cuando lo escribimos, sin embargo, no es tan sencillo encontrar la voluntad de Dios y realizarla cada día. Podemos tener claras las líneas de acción, los proyectos a largo plazo que Dios nos pide, no obstante, cuando entramos en las decisiones de cada día, no nos resulta siempre bien. Para poder hacerlo hace falta buscar su querer en el interior del corazón. Por otro lado, es fácil acostumbrarse a las mentiras pequeñas. Sin embargo, como leía hace poco: *“Lo que hacemos nos hace”*². Si nos acostumbramos a las pequeñas mentiras, si vivimos engañándonos a nosotros mismos, con el tiempo seremos mentirosos y nos será imposible aceptar la verdad de nuestra vida. Nos acostumbramos a llevar vidas paralelas, a cubrirnos con máscaras que ocultan nuestro verdadero yo. Tratamos de ser políticamente correctos para que nos quieran y acepten. Pero al que aceptan al final es al que nos somos, porque no nos damos de verdad, porque no somos transparentes. Y por último, el que usa las armas de la luz, huye de las tinieblas. La oscuridad parece darnos anonimato y nos hace incapaces de asumir la culpa y la responsabilidad. Vivamos huyendo del mal que nos acecha siempre, presentándonos las maravillas que podríamos

²Bernabé Tierno, “Sabiduría esencial”, 83

vivir si nos dejáramos llevar por sus insinuaciones. **Vivir en la luz es propio de los hijos de Dios. Vivamos sin miedo la verdad que Dios nos propone. Vivamos en la luz.**

SUPLIQUEMOS CADA DÍA LA GRACIA QUE NECESITAMOS PARA CAMINAR. Esta semana hemos celebrado la fiesta de la Medalla Milagrosa. María se apareció a Santa Catalina Laburé. Apareció sobre el globo del mundo. Entonces le dijo: *"Este globo que has visto es el mundo entero donde viven mis hijos. Estos rayos luminosos son las gracias y bendiciones que yo expando sobre todos aquellos que me invocan como Madre. Me siento tan contenta al poder ayudar a los hijos que me imploran protección. ¡Pero hay tantos que no me invocan jamás! Y muchos de estos rayos preciosos quedan perdidos, porque pocas veces me rezan"*. Es la imagen de María la de una Madre que nos necesita. Muchas veces pensamos que nosotros necesitamos a Dios, sin embargo, siempre os lo digo, Él nos necesita más todavía; Él y María, nuestra Madre, necesitan que seamos hijos dóciles, hijos enamorados, hijos abiertos a su gracia. Pero nos cerramos e impedimos que llegue su luz a nosotros. Hemos construido esos muros equivocados que nos alejan del mundo de Dios. Sin embargo, el mundo sobrenatural y el natural están profundamente unidos. Cerramos la puerta a la gracia y nos cerramos en nuestra autosuficiencia pensando que podemos caminar mucho mejor solos. La Medalla milagrosa nos muestra cómo María está deseando que volvamos el rostro hacia Ella, que supliquemos y pidamos la gracia de la conversión. Hoy llegamos a nuestro Santuario al comenzar este tiempo del Adviento que es un tiempo de María. Ella camina hacia Belén llena de Dios, llena de la Esperanza hecha carne. Ella es símbolo de la vida que vive en el seno de toda madre. Ella refleja la alegría de la que ha dicho que sí a la voluntad del que la ama, y camina llena de paz y de esperanza. Así nosotros llegamos hasta Ella y le entregamos nuestra debilidad, nuestro vacío, nuestra necesidad de conversión. **Ella nos toma y nos acerca cada vez más al corazón de Dios.**

EL ADVIENTO ES UN TIEMPO DE PAZ Y LA PAZ BROTA EN EL CORAZÓN QUE ESTÁ FELIZ CON SU VIDA. En el Evangelio Jesús nos habla del tiempo en que vendrá el final de los tiempos. El Hijo del hombre vendrá y establecerá su justicia: *"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Cuando venga el Hijo del hombre, pasará como en tiempo de Noé. Antes del diluvio, la gente comía y bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre: Dos hombres estarán en el campo: a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán y a otra la dejarán"*. Dice **S. Juan Crisóstomo**: *"Con estas palabras da a entender que serán tomados y dejados los siervos y los señores, los ociosos y los que trabajan"*. A todos afectará su venida, se encuentren donde se encuentren. Sin embargo, no tenemos por qué saber cuándo va a ocurrir. Pero cuando ocurra, tenemos que estar preparados, con paz en el corazón. **Carlos Moyá**, cuando se despedía esta semana del tenis, decía: *"Una de las claves de mi vida es que he sido feliz. Parte de eso es disfrutar lo que ha sucedido y no echar de menos lo que no ha sucedido"*. Es la clave para vivir con paz, no vivir llorando por lo que no hemos logrado y agradecer cada día por todo lo que hemos recibido. Ya lo dice **S. Jerónimo**: *"No os toca a vosotros saber los tiempos y los momentos que puso el Padre en su propio poder. Con ello da a entender que Él lo sabe, pero que no conviene sea conocido por los apóstoles, para que estando siempre inciertos de la venida del juez, vivan de tal manera todos los días como si hubiesen de ser juzgados en el mismo día"*. Vivamos con la tranquilidad que nos da tener nuestra vida en orden. Claro que tropezamos y nos confundimos, sin embargo, queremos caminar seguros de estar haciendo lo que Dios nos pide. Es la certeza que nos da saber que somos fieles a su llamada. Así tenemos que enfrentar siempre la muerte, sin miedo, con el corazón confiado y con la seguridad de saber que lo hemos dado todo; con la tranquilidad del que nada teme porque confía en la misericordia de Dios, en su amor infinito. **En definitiva, la incertidumbre de la venida del Señor nos invita a estar siempre en tensión, preparados y atentos.**

APRENDAMOS A VIVIR EL PRESENTE, SIN TEMER EL FUTURO. Es la invitación que nos hace el Señor a estar en vela, vigilando: *“Por tanto, estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa. Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre.»* Mateo 24, 37-44. De esta forma, el único camino es permanecer muy atentos a la vida para no dormirnos. Dice **S. Gregorio Magno**: *“Quiso pues el Señor que la última hora sea desconocida, para que siempre pueda ser sospechosa. Y mientras no la podamos prever, incesantemente nos preparemos para recibirla”*. La invitación a velar nos habla de esa actitud despierta y providente. Dice **S. Gregorio**: *“Vela el que tiene los ojos abiertos en presencia de la verdadera luz; vela el que observa en sus obras lo que cree; vela el que ahuyenta de sí las tinieblas de la indolencia y de la ignorancia”*. Aprender a velar significa aprender a estar atentos a la vida. Mucha gente intenta hoy saber lo que la suerte les depara. Saber el futuro es el deseo más profundo del corazón. Sin embargo, nunca quiso el Señor que supiéramos lo que iba a suceder antes de que ocurriera. Dios quiere que caminemos con nuestras dudas, **que disfrutemos del presente y no nos angustiemos con las preguntas que el mañana nos deja abiertas.**

QUIERE QUE LUCEMOS HASTA EL FINAL, QUE NO NOS DEMOS NUNCA POR VENCIDOS. El amor de Dios en nuestra vida y el amor de aquellos que hemos recibido como compañía en el camino, nos anima a luchar siempre y a no desfallecer. El Adviento expresa el deseo de vivir en plenitud. Todavía no vivimos como soñamos. Sin embargo, aspiramos a ello y no dejamos de luchar. Decía **Olga Bejano en su último libro, “Las alas rotas”**: *“El enfermo que se siente cuidado y querido, por muy límite que sea su situación, lucha hasta el final de su existencia”*³. Así queremos luchar nosotros. Es lo que he podido ver hecho carne en un enfermo estos días. Su lucha diaria, su esfuerzo constante por seguir viviendo, sus ganas de luchar hasta el final. Recibe la fuerza del amor de los suyos, de su familia. Recibe la fuerza de María, a quien ya le ha entregado todo. Quiero agradecerle a Dios por el testimonio que nos da a muchos. Vivir así es el desafío que tenemos siempre, especialmente en los momentos de cruz y dificultad. Las fuerzas surgen del amor que se recibe y del amor que se entrega. **El amor que damos en nuestra entrega es la fuerza que mueve nuestra vida.**

EL ADVIENTO, POR ÚLTIMO, ES EL TIEMPO DE GRACIAS PARA CULTIVAR LA SOLEDAD Y EL SILENCIO. Así comienza el camino del Adviento. Velar significa estar en tensión, buscando las señales que muestren la presencia de Dios en nuestra vida. Pero para poder velar tenemos que aprender a cultivar la soledad y el silencio. Nos cuesta demasiado. Decía el **Dr. Jorge Carvajal**: *“Si no aceptamos la soledad y no nos convertimos en nuestra propia compañía, vamos a experimentar ese vacío y vamos a intentar llenarlo con cosas y posesiones. Pero como no se puede llenar con cosas, el vacío aumenta”*. Al comenzar este tiempo nos preguntamos si somos capaces de estar solos o buscamos siempre cosas y ocupaciones que nos impidan convivir con nuestra propia soledad. La soledad es parte esencial de nuestra vida. Nacemos solos y morimos solos. Solos nos enfrentamos a muchas dificultades y el vacío del corazón nadie puede llenarlo totalmente aquí en la tierra. Hemos nacido para Dios. Sin embargo, aprender a vivir solos es una escuela. Huimos de la soledad cuando no somos capaces de vivir en paz con nuestra vida. Comenzamos un tiempo especial de preparación, una verdadera peregrinación a Belén de la mano de la Sagrada Familia. El anhelo del encuentro con el Señor puede hacer que lo busquemos en la soledad, en el silencio, en la oración. En la vida familiar son tal vez escasos los momentos de soledad. Sin embargo, tenemos que aprovechar el Adviento justo para ello. **Sólo así irá creciendo en nosotros el anhelo de encontrarnos más en profundidad con Cristo en Navidad.**

³ Olga Bejano, “Alas rotas”, 154